PRELUDIO: "¡LA LUCHA!"

En agosto de 1880, John Swinton (1829-1901), un influyente periodista estadunidense de visión progresista,[1] mientras se encontraba de visita por Europa, se trasladó a Ramsgate, una ciudad balnearia de Kent, situada a pocos kilómetros del extremo sudoriente de Inglaterra. La finalidad de su viaje era una entrevista para publicar en *The Sun*, el diario dirigido por él y en ese tiempo entre los más vendidos en Norteamérica, con uno de los principales exponentes del movimiento obrero internacional: Karl Marx.

Alemán de nacimiento, Karl Marx, se había convertido en apátrida, después de haber sido expulsado por los gobiernos francés, belga y prusiano, que habían logrado derrotar a los movimientos revolucionarios nacidos en sus países entre 1848 y 1849. Cuando en 1874 presentó la solicitud de un certificado de naturalización en Inglaterra, éste le había sido negado porque un informe especial de la oficina de investigaciones de Scotland Yard lo había etiquetado como "un notorio agitador alemán […] propugnador de principios comunistas, […que] no [había] sido leal ni con el rey, ni con su país".[2]

Corresponsal, por más de diez años, del *New-York Tribune*, en 1867 había sido el autor de una vasta crítica del modo de producción capitalista y durante ocho años, a partir de 1864, fue guía de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Su nombre había aparecido en las páginas de los periódicos europeos de mayor difusión, cuando, en 1871, después de haber defendido la Comuna de París en su escrito *La guerra civil en*

[1] Cf. el capítulo "John Swinton, Crusading Editor", en S. Garlin, *Three American Radicals: John Swinton, Charles P. Steinmetz, and William Dean Howells*, Boulder, Westview Press, 1991, pp. 1-41.

[2] Pedido de naturalización de Karl Marx en Inglaterra, en '[Declaration by Karl Marx on His Naturalisation in England]', en MECW, vol. 24, p. 564. La traducción de los textos ha sido modificada por el autor para dar mayor fidelidad al original.

Francia, la prensa más reaccionaria le había puesto el sobrenombre de "doctor del terror rojo".[3]

En el verano de 1880, Marx se encontraba en Ramsgate con su familia, obligado por su médico a "abstenerse de cualquier trabajo",[4] y de "curar [sus] nervios mediante el 'far niente'".[5] Jenny von Westphalen (1814-1881) estaba enferma de cáncer y su estado "empeoró súbitamente de una enfermedad que padecía hace ya mucho tiempo, de tal manera que se temió un desenlace fatal".[6] Fue éste el contexto en el que Swinton, que durante los años sesenta había sido redactor en jefe del *New York Times*, conoció en persona a Marx y lo describió en un perfil empático, intenso y cuidadoso.

En el plano privado, Swinton lo describió como un "gentil hombre en sus sesenta años, con la cabeza prominente, un modo de ser magnánimo, cortés, con [… una] masa frondosa de cabello gris, largo y rebelde",[7] que conocía "del arte de ser abuelo no menos que Victor Hugo".[8] Añadió que el modo de conversar de Marx "tan libre, apasionado, creativo, incisivo, auténtico", le "recordaba a Sócrates […], por el tono irónico, el destello humorístico, y la alegría jocosa".[9] Notó también una persona "exenta de cualquier ansia de exhibición o de éxito, a la que no le importaba nada las fanfarroneadas de la vida y la puesta en escena del poder".

No obstante, en la entrevista impresa sobre la primera página del *The Sun*, el 6 de septiembre de 1880, Swinton presentó a los lectores norteamericanos sobre todo al Marx público. En su opinión, éste era "uno de los hombres más extraordinarios de

[3] Cf. Karl Marx a Friedrich Sorge, 27 de septiembre de 1877, en *Karl Marx and Friedrich Engels, Letters 1874-1879. Marx-Engels Collected Works* (MECW), vol. 45, Moscú, Progreso, 1990, p. 278.

[4] Karl Marx a Ferdinand Nieuwenhuis, 27 de junio de 1880, en MECW, vol. 46, p. 16.

[5] Karl Marx a Nikolái F. Danielsón, 12 de septiembre de 1880, en Karl Marx, Nikolái F. Danielsón, Friedrich Engels, *Correspondencia (1868-1895)*, México, Siglo XXI, 1981, p. 159.

[6] *Ibid.*

[7] Karl Marx '[Account of an Interview with John Swinton, Correspondent of *The Sun*]', 6 de septiembre de 1880, en MECW, vol. 24, pp. 583-584.

[8] *Ibid.*, p. 585.

[9] *Ibid.*

su tiempo, quien [había] jugado un papel inescrutable, y asimismo poderoso, en la política revolucionaria de los últimos cuarenta años". De él escribió:

> No tiene prisa y no conoce reposo. Es un hombre de una mente poderosa, amplia y elevada; siempre luchando con proyectos ambiciosos, métodos lógicos y objetivos prácticos. Ha sido y es el inspirador de muchos de los terremotos que han trastornado naciones y destruido tronos. Hoy él amenaza y horroriza a los monarcas y a los charlatanes matriculados más que ningún otro en Europa.[10]

La charla con Marx generó en el periodista de Nueva York la convicción de encontrarse en presencia de un hombre "'profundamente inmerso en su época y que, del Neva al Sena, desde los Urales a los Pirineos, su mano [estaba] dedicada a preparar el advenimiento de una nueva era'". Marx lo impresionó, porque era capaz de hacer "reseña del mundo europeo, país por país, evidenciando la peculiaridad, los desarrollos y las personalidades, tanto aquellas que actúan en la superficie como cuanto las que operan bajo ésta". Éste lo entretuvo hablándole de las fuerzas políticas y de los movimientos populares de las diversas naciones de Europa: de la amplia corriente del espíritu ruso, de los movimientos de la mente alemana, del activismo de Francia, del estancamiento inglés. Estaba lleno de esperanzas respecto a Rusia, era filosófico mientras hablaba de Alemania, alegre mencionando Francia y triste respecto a Inglaterra, refiriéndose despreciativamente a las "reformas atomísticas" con las cuales los liberales del parlamento británico pasaban el tiempo.[11]

Swinton se sorprendió también del conocimiento de Marx sobre Estados Unidos. Lo juzgó "un atento observador de la actividad americana" y definió "sus afirmaciones sobre algunas fuerzas constitutivas y sustanciales de la vida americana […] llenas de sugerencias".

El día transcurrió con apasionantes discusiones. Por la tarde, Marx "propuso hacer un paseo […] por la orilla", para así

[10] *Ibid.*, p. 583.
[11] *Ibid.*

poder reunirse con su familia, descrita por Swinton como "una deliciosa comitiva de aproximadamente una decena de personas".

Caída la noche, para hacerles compañía se quedaron Charles Longuet (1839-1903) y Paul Lafargue (1842-1911), los yernos de Marx: "se habló del mundo, del hombre, del tiempo y de las ideas, mientras que los […] vasos tintineaban sobre el fondo del mar". Fue en uno de esos momentos cuando el periodista americano, pensando "en las incertidumbres y tormentos de la época presente y de las pasadas", impactado por las palabras oídas, y "sumergiéndose en la profundidad del lenguaje escuchado", se decidió a interrogar al gran hombre que tenía delante de sí acerca de "la ley última del ser". Fue así como, durante un momento de silencio, "interrump[e] el revolucionario y filósofo con esta fatídica pregunta: '¿Cuál es?'. Por un instante, tuvo la sensación de que la mente de Marx 'se estuviese revolviendo en sí misma [...], mientras escuchaba el rugido del mar y observaba la inquieta multitud sobre la playa'. '¿Cual es la ley?' —le había preguntado—. Con tono profundo y solemne [Marx] respondió: '¡La lucha!' Ella misma... '¡la lucha!'"

Inicialmente, Swinton creyó haber escuchado "el eco de la desesperación"[12] en aquella respuesta. Después, sin embargo, convino que era de verdad ésa la finalidad de la vida, sobre la cual la humanidad, así como él mismo, estaban siempre interrogándose.

[12] *Ibid.*, p. 585.